

ICONOS13

Revista de FLACSO-Ecuador

No 13. marzo, 2002

ISSN 13901249

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de **ICONOS**

Director de Flacso-Ecuador

Fernando Carrión

Consejo editorial

Felipe Burbano de Lara (Editor)

Edison Hurtado (Co-editor)

Franklin Ramírez

Alicia Torres

Mauro Cerbino

Eduardo Kingman

Producción:

FLACSO-Ecuador

Diseño

Antonio Mena

Ilustraciones

Gonzalo Vargas

Alexandra García

Antonio Mena

Impresión:

Edimpres S.A.

FLACSO-Ecuador

Ulpiano Páez N 19-26 y Av. Patria

Teléfonos: 2232-029/ 030 /031

Fax: 2566-139

E-mail: fburbano@flacso.org.ec

ehurtado@flacso.org.ec

Indice

Coyuntura

6

Argentina:

cuando el uno a uno no es empate

Gustavo Gamallo

14

Entre la dolarización y la devaluación:

la crisis de la convertibilidad en Argentina

Eduardo Basualdo

21

La debacle neoliberal

Protesta social y crisis política en Argentina

José Seoane

Dossier

32

Figuras del sujeto

Daniel Gutiérrez V.

48

Lacán y la filosofía

Carlos Tutivén Román

56

Psicoanálisis y ciencias sociales:

apuntes para una reflexión

Mauro Cerbino

62

Lacan,

psicoanálisis y la lengua en las ciencias sociales

Antonio Aguirre

66

Adolescencia:

entre lo posible y lo imposible

Piedad Ortega

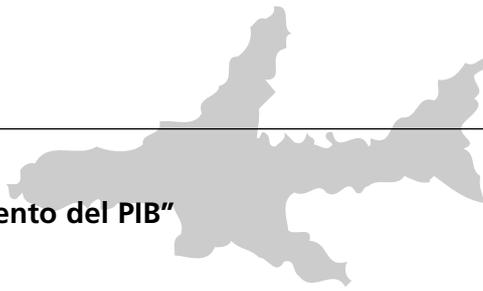


Debate

72

“El desarrollo no es sólo crecimiento del PIB”

Conferencia de Joseph Stiglitz



Díálogo

88

Los usos de la cultura política

Diálogo con María Luz Morán

Felipe Burbano, Edison Hurtado y Franklin Ramírez

Temas

102

Sobre bonanzas y dependencia

Petróleo y enfermedad holandesa en el Ecuador

Guillaume Fontaine

111

Partidocracia y democracia plebiscitaria

El ascenso de un “nuevo régimen” en Venezuela

Alfredo Ramos Jiménez

Frontera

124

Geopolítica del conflicto:

el mundo después del 11 de septiembre

Joaquín Hernández Alvarado

129

Ciudad, Estado y sistema internacional:

el mundo árabe en el sistema occidental

Mark Atila

138

Reseñas

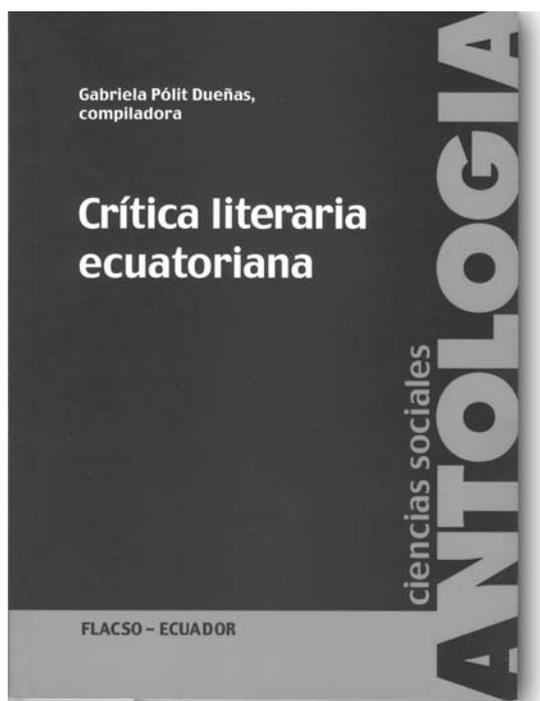
148

Sugerencias bibliográficas

154

Conenido ICONOS 12





Gabriela Pólit, compiladora,
Antología de Crítica Literaria,
Flacso-Ecuador, Quito, 2001.

Crítica literaria y estudios culturales. A propósito de una antología

Para comenzar debo aclarar que no soy un especialista en estudios literarios, de modo que mi comentario es el resultado de una lectura desde otros campos de las ciencias sociales, específicamente, desde la historia y la antropología.

Eso tiene sus desventajas, pero también sus ventajas. Me permite evaluar desde fuera de la “república de las letras”, al margen de sus debates, sus disputas y ceremonias. Evaluar desde fuera. ¿Es que la crítica literaria requiere de una evaluación desde fuera? La antología misma apunta a un análisis interno, sin embargo, llama la atención que haya sido elaborada para un centro de ciencias sociales y forme parte, junto a otras antologías, de una biblioteca de ciencias sociales.

El hecho no deja de ser paradójico ya que al interior de las ciencias sociales ecuatorianas se ha ido imponiendo una matriz dura, si se

quiere “logofalocentrista”, en gran medida institucionalizada, que coloca en un segundo plano las humanidades o, si se quiere, a disciplinas que como la crítica literaria y artística - y buena parte de la historia y la antropología - son percibidas como humanidades, es decir, en el fondo, como actividades “femeninas”, de adorno.

Al mismo tiempo, es posible que exista un interés creciente de los estudiosos de la literatura por acercarse a las ciencias sociales, a sus instrumentos de análisis y sus marcos conceptuales, pero también a sus mecanismos de legitimación: no olvidemos que existe un debate abierto y aún no resuelto entre los especialistas, resultado de la influencia de los llamados estudios culturales, acerca de los alcances de los análisis literarios, que tiene que ver tanto con la ruptura de fronteras disciplinarias (como proponía Willams) como con requerimientos de constitución de un campo y con estrategias de poder simbólico en torno al campo.

Pero vamos por partes. En primer lugar están los puntos de vista de la propia compiladora: Gabriela Pólit asume la crítica literaria desde una perspectiva histórica, aunque después de la lectura de los textos antologados a mi no me queda claro si lo que marca las periodizaciones en literatura son los contextos políticos y sociales, los procesos internos al propio quehacer literario o una combinación de lo uno y lo otro. En todo caso, Pólit se muestra más preocupada por una genealogía que por una reconstrucción historicista o por una teleología. De ahí que le interesen las rupturas y los momentos de ruptura o, si se quiere, los acontecimientos (en el sentido nietzschiano) antes que los orígenes.

Existe un criterio que marca el desarrollo del texto introductorio y es el de que nuestras culturas se constituyeron históricamente como culturas del exilio. Su momento inaugural coincide con la expulsión de los moros y los judíos de Castilla, con los procesos de conquista y colonización de América y con la expulsión de los pueblos indígenas de sus territorios. Podríamos sumar a esto las grandes

extirpaciones culturales de la colonia y la república así como el proceso más reciente de constitución de ciudadanía excluyentes. Por otra parte, los grandes cambios culturales contemporáneos estarían marcados por las nuevas formas del exilio: por un lado, por el de las poblaciones migrantes, de las cuales habría que esperar la literatura ecuatoriana del futuro, al igual que en el caso de los chicanos, pero, por otro lado, por un proceso a veces imperceptible de mundanización y desprovincialización de las mentes.

Las propias posibilidades de la literatura y de la crítica literaria suponen que el escritor o el crítico se exilien de la ciudad letrada, que asuman los otros barrios de la ciudad letrada de los que habla Rolena Adorno o, si se quiere, los otros mundos posibles. Para Said (citado por la compiladora) el exilio no es un simple destierro, sino una des-territorialización que posibilita mirar desde el lugar de origen con una cierta distancia.

Cuando se habla de ruptura, en términos de crítica literaria, no se debería perder de vista la necesidad que tienen los críticos de inscribirse dentro de espacios académicos y de reflexión lo más amplios posibles. Pero, por otro lado, hay que cuidarse de lo que Bourdieu denomina como “colonización mental”, mecanismo por el cual, nos recuerda la compiladora, se da una suerte de remodelación del mundo a imagen y semejanza de los centros de poder (en este caso académicos).

El problema, entonces, no consiste en seguir las modas (ni siquiera las que se definen como políticamente correctas) sino en estar dispuestos a asumir los aportes teóricos y metodológicos producidos en otras partes (y no sólo en el primer mundo) pero para utilizarlos de modo creativo en la comprensión de lo nuestro, como herramientas antes que como modelos.

Otro aspecto que creo encontrar en la antología es el de la crítica literaria concebida como campo de fuerzas: el papel de la crítica en la constitución del canon, en la legitimación/deslegitimación de lo literario y la necesidad, destacada por Pólit, de asumir la críti-

ca de modo responsable y comprometido. Esto apunta a lo que se podría llamar el lado oculto del quehacer crítico, a su política, o mejor, a su economía política, al conjunto de intereses que están más allá de un tipo de quehacer que se presenta como desinteresado y se quiere neutro. Así, valdría la pena estudiar cuáles eran los mecanismos de legitimación coloniales y del siglo XIX y en qué se diferencian de los contemporáneos; habría que analizar el papel de las academias, de las sociedades literarias como la Jurídico Literaria o la Casa de la Cultura en tiempos de Benjamín Carrión. Asimismo, se debería trabajar la relación entre literatura, prácticas literarias y docencia y se tendría que relacionar las prácticas literarias con las prácticas más cotidianas, con los valores, criterios e intereses en disputa.

Al respecto, Robles introduce una interesante observación acerca de la forma como autores fundamentales de nuestra literatura (Humberto Salvador y Pablo Palacio) fueron descalificados en los años treinta desde un canon que se medía fundamentalmente en términos políticos. Harrison, por su parte, reconstruye la polémica que mantienen Mera y Cordero, dos conocedores del quichua, sobre esa lengua. Mientras el primero defiende sus posibilidades literarias, el segundo la percibe como una lengua en proceso de agonía. Pero lo más interesante es la coincidencia de este debate, que se desarrolla en términos literarios, y que tiene que ver con el proceso de constitución de una cultura nacional blanco-mestiza, con la cruzada civilizatoria que da paso a la primera modernidad. A mi entender lo que más preocupa no es tanto el quichua como la contaminación del castellano por el quichua. El problema que se plantea desde la “república de las letras” es parecido a lo que se plantearon los higienistas: cómo garantizar una modernidad y al mismo tiempo una limpieza étnica.

De otro lado, sobre todo en el contexto de nuestro país, no debería perderse de vista que los canales de legitimación no son necesariamente canales legítimos propios de un campo

constituido, como sostiene Bourdieu para el caso de Francia, sino que más bien son sistemas clientelares (la prensa, el prestigio y, en buena parte, los valores aristocráticos).

Me parece que los textos de esta antología pueden ser interesantes no sólo para las personas preocupadas por la literatura sino para los historiadores, antropólogos y para otros estudiosos de la cultura. Y esto porque, en primer lugar, la literatura permite vislumbrar procesos que no se manifiestan en otro tipo de documentos. Los textos literarios constituyen una fuente importante para el conocimiento histórico; contribuyen a entender las estructuras emotivas propias de una época así como su entramado simbólico y sus imaginarios, independientemente de que esos textos formen parte de una literatura colonial, nacional o imperial, como ha mostrado Said en *Orientalismos*. Los textos literarios expresan del modo más sensible la cotidianidad y el sentido común de una época. Al mismo tiempo no puede dejar de vérselos como lo que son, como textos literarios.

Para quienes estamos interesados en una genealogía de la moral resulta interesante entender la estrecha relación que existía en la colonia y el siglo XIX, entre la producción y lectura de poesía y la generación de mecanismos de socialización a la vez que de distinción al interior de la sociedad blanco mestiza. Por un lado, asistimos a la existencia de un público interesado en la poesía, iniciado en las artes de la declamación y de la versificación. Por otro lado, cabe diferenciar distintos tipos de poesía, la que se orientaba a la prédica moral, la de orientación mundana y, finalmente, en una época más cercana, la que contribuía a la formación de la subjetividad y el sujeto moderno. Las mujeres, en particular, se preocupaban de copiar poemas y leerlos en grupos de amigas o en secreto. Eso les permitía crear un mundo imaginario, distinto al del espacio cerrado, doméstico (aspecto estudiado por Goetschel).

De acuerdo a lo que se desprende de la lectura de los textos sobre la colonia, incorporados a esta antología, el campo de lo escritural

no se limitaba a los textos escritos, ya que incluía la oratoria y toda la gestualidad y el ceremonial que acompañaba a la oratoria. Rodríguez Castelo cuenta que los oradores sagrados de mayor prestigio eran escuchados en las plazas ya que el público que acudía a sus sermones no cabía en las iglesias. A más de que lo que decían era comentado varias semanas después de la prédica, alimentando (me atrevo a decir) una suerte de publicidad al interior de la República de Españoles, habría que añadir una serie de prácticas personalizadas que requerían de talento literario, aunque no se expresasen en textos, como las prácticas de persuasión, el adoctrinamiento, la confesión y el trabajo de imaginaria, concebido como una extensión o un complemento del habla. Todo un conjunto de prácticas culturales que sin ser reconocidas como estrictamente literarias ocupaban una economía de esfuerzos similar, cuando no superior, a la producción de textos.

Balseca, por su parte, muestra la relación existente entre la literatura y los campos de significados propios de una época o, si se quiere, con el sentido práctico. Tanto el liberalismo como el conservadurismo, por ejemplo, tienen en común no sólo una preocupación por el progreso y por la invisibilización de los indios, sino por el control moral de las mujeres. Algo que ya ha sido estudiado por las historiadoras y los historiadores sobre la base de documentos históricos, pero que ahora se trata de analizar a partir de la relación entre el escritor y los textos literarios.

Todo esto nos hace ver la estrecha relación existente entre los estudios literarios y una suerte de sociología o historia de la cultura. Esta debe dar cuenta, por ejemplo, de las condiciones sociales de producción, circulación y consumo de literatura, de las relaciones entre literatura y poder, o del lugar que ocupa la literatura dentro del conjunto de prácticas sociales y culturales, es decir, del lugar de la literatura en la formación de imaginarios o en la constitución de un habitus.

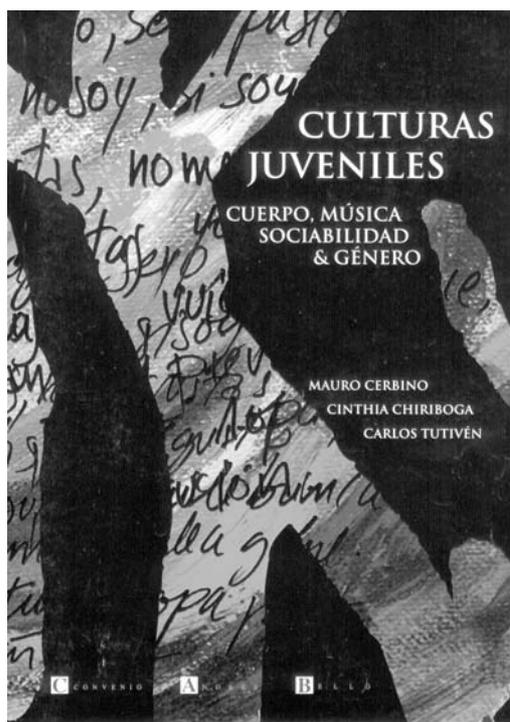
Pero en donde me siento confundido, o más bien siento que hay una confusión o un

debate, es al momento de analizar la literatura como texto. El estudio de Carvajal intenta entender no tanto la modernidad como la modernidad en literatura, o más específicamente, en poesía, y plantea al respecto un problema fundamental. Entender el carácter de nuestra modernidad, su estrecha dependencia de valores aristocráticos y de los mecanismos de reproducción de la desigualdad y la diferencia es fundamental para comprender lo que sucede en poesía, pero no es suficiente. El análisis de textos supone desarrollar un campo conceptual y una estrategia de análisis específica.

Yo entiendo la preocupación de los estudios culturales por mostrar que entre lo culto y lo no culto, entre la cultura de masas y lo ilustrado, ya no existen fronteras claras. Como han demostrado diversos autores, entre los cuales ocupan un lugar destacado García Canclini y Jesús Martín Barbero, actualmente asistimos a una circulación fluida de recursos y elementos culturales venidos de todas partes, que hace que pierda sentido defender espacios cerrados (esto es particularmente claro en el caso del arte contemporáneo), pero tengo mis dudas de que un aserto como éste pueda llevarnos a equiparar el lenguaje de la televisión con el de la literatura, y menos aún el lenguaje de los graffiti con los de la poesía, aunque muchos graffiti tengan mucho de poesía y viceversa.

Hanna Arent decía que pensar implica aislarse del mundo, exiliarse del mundo. Me pregunto si eso no es también aplicable para la poesía y para la literatura. Escribir un texto literario o un texto filosófico supone no sólo un cierto distanciamiento, sino un trabajo específico con las palabras y las imágenes, con los conceptos. E igual sucede con la lectura y más aún con la lectura crítica. Sospecho que hay un nivel de complejidad y especificidad que no puede resolverse a partir de un reduccionismo sociológico.

Eduardo Kingman



Mauro Cerbino, Cinthia Chiriboga,
Carlos Tutivén

**Culturas Juveniles. Cuerpo, música,
sociabilidad y género**

Convenio Andrés Bello/Abya-Yala,
Quito, 2000.

Culturas juveniles plantea una nueva manera de leer las prácticas y los lenguajes de los jóvenes, los mismos que en la actualidad se nos presentan como formas enigmáticas de una realidad poco aprehensible por el sentido común. Mauro Cerbino, Cinthia Chiriboga y Carlos Tutivén nos ubican ante una perspectiva de análisis en la que la complejidad ocupa un lugar central. Esta nueva mirada sobre lo juvenil implica, en primer lugar, ir más allá de los “datos”, superar las manifestaciones visibles o cuantitativamente medibles sobre los jóvenes, y reconocer que el conocimiento alcanzado hasta la actualidad ha sido más un efecto de las interpretaciones de las comunidades de investigadores que un reflejo de las realidades juveniles.

Los autores invitan a ubicar el saber sobre los jóvenes en el marco de nuevos paradigmas